

colorchecker CLASSIC



92 (XICOHTENCATL) (72)
GOM

G . A . G O M E Z

XICOHTENCATL AXAYACATZIN

(BOSQUEJO BIOGRAFICO DE UN GRAN PATRIOTA)

Carta introducción de D. Darío Rubio, Secretario
Perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua.

Prólogo del Ing. Juan Luna Cárdenas
Presidente de la Academia de
la Lengua Azteca.



MEXICO, D. F.

Reg. 1461

G. A. GOMEZ

X
I
C
O
H
T
E
N
C
A
T
L



A
X
A
Y
A
C
A
T
Z
I
N

Distribución Exclusiva
Unión Distribuidora de Ediciones, S. de R. L.
México, D. F.

\$ 3.00 M. N.

929XIC
(72)
GOM

arta introducción de D. Darío Rubio, Secretario
perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua
Prólogo del Ing. Juan Luna Cárdenas
Presidente de la Academia de
la Lengua Azteca.

92 (XICOHTENCATL) (72)
GOM

G . A . G O M E Z

XICOHTENCATL AXAYACATZIN

(BOSQUEJO BIOGRAFICO DE UN GRAN PATRIOTA)

Carta introducción de D. Darío Rubio, Secretario
Perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua.

Prólogo del Ing. Juan Luna Cárdenas
Presidente de la Academia de
la Lengua Azteca.



MEXICO, D. F.

Reg. 1461

**Es propiedad del autor
Derechos reservados
conforme a la ley.**

CARTA INTRODUCCION

México, D. F.

27 de Mayo de 1945.

Señor Profesor don GABRIEL A. GOMEZ.

Presente.

Muy estimado amigo:

Con el muy grande interés que en mí despertó, leí su Xicohtencatl, cuyo original tuvo usted la bondad de facilitarme para su lectura y tan grande como fué el interés, fué el deleite que el leerlo me proporcionó.

Poca, mejor dicho ninguna significación puede tener mi felicitación, pero así y todo, se la envío a usted teniendo como único valor, el de su muy grande sinceridad.

Ha hecho usted muy bien, muy bien al escribir su Xicohtencatl, con la nobilísima tendencia de aminorar la culpa que le han hecho llevar a costas, de haber sido traidor, por su calidad de tlaxcalteca.

Todos los acontecimientos de nuestra historia se han juzgado siempre, desgraciadamente, desde determinados puntos de vista, que no permiten el ir más allá del fin propuesto, sin detenerse a estudiar causas, viendo únicamente los defectos.

Cómo y por qué se obró en tal o cual forma, ora por apatía, ora por ignorancia, ora por espíritu de partido, no se toma en cuenta y sólo se juzga por el resultado de la obra.

No pretendo meterme en los para mí vedados campos de la historia, pero algo irá en favor de Xicohtencatl las órdenes del Senado y el hecho de haber sido ahorcado por su infidelidad a Cortés.

Hablando de traiciones por ejemplo, la del Coronel Miguel López, tan sonada y discutida; ¿fué traidor López?, los imperialistas, el partido conservador, le condenan; los liberales le absuelven y juzgan sólo como ejecutor de órdenes recibidas.

Pero veo que huyendo de meterme, por mi falta de preparación, en asuntos históricos, voy asomándome a ellos.

Que dejando pues, tales andanzas para quien tenga las aptitudes de que yo carezco, me limitaré a repetir lo que al principio dije y ahí debí haberme quedado: que le felicito a usted muy sinceramente por la publicación de su Xicohtencatl.

Y para concluir, atentamente le ruego el que me tenga como su amigo muy sincero y admirador muy devoto.

DARIO RUBIO.

AL GRAN TLAXCALTECA

Para el libro del Prof. Gabriel A. Gómez.

Mirad a Xicohtencatl confiado y sereno
entre ondas pasadas de tinieblas;
ondas de allá, de los vírgenes años.
Allá, allá quedaron entre flechas
de guerreros leones, de luchadores tigres,
las campiñas feraces y las selvas
más puras por ser indias, las selvas mexicanas
de pájaros de ensueño, de las sierras
con la nieve amigable que charlaba y reía
cerca, pero muy cerca,
con los astros danzantes en el bruno horizonte
que dormía, dormía como la patria méxica
hasta que vino a despertarla el ruido
del rodar de la rueda,
de los cascós del potro que dió al indio
la sensación del ala que sublima y eleva.
Allá quedó entre sombras
de barbarie y fiereza,
la civilización con sentimiento
simbólica de fuerza,
fuerza representada
en la sangre y las esculpidas piedras.
Pero mirad al Xicohtencatl íntegro
que en la roja marea
del barbado, del blanco que batalla incesante,
se mantiene sañudo, vigoroso y alerta
defendiendo la causa de la raza
que a su valor se trenza!
Allá podéis mirarlo
rodeado de brumas vaporosas y densas;
negrura del pasado
devorador de sueños e inocencias,
de ideales límpidos y sanos,
de amores con raíces de terneza.
Allá, entre lo que fué, luce su rostro
que desprecia los ritmos de otra lengua...
Destino Padre: Tú que das el precio
y el impulso preciso para cualquiera senda,
dale un rayo de luz a Xicohtencatl
que se cubre con ondas de tinieblas
del Allá raptador de lo que pasa,
que con manos inmensas
y gesto insonreído
celosamente atrapa, ay! en postura eterna!

Arturo R. Pueblita.

PROLOGO

Confíereme el distinguido profesor Gabriel A. Gómez la difícil empresa de prologar su muy necesaria y a la par interesante obra Xikotenkatl Axayakatzin. He aceptado tal encargo después de haber caminado mi vista durante varias horas por esas páginas interesantes, llenas de sorpresas y de una sencillez maravillosa que difícilmente se logra en tales obras. Extrañará a muchas personas que para la lectura de unas páginas bien escritas empleara yo horas; es cierto, pero es que he leído con cuidado y con deleite, deleite por la sencillez que ya he dicho campea en la obra, deleite porque el escritor ya logrado, se engrandece al abordar con una sinceridad y valentía rara en el hondo problema de reivindicar a la HISTORIA y a la HONRA de un pueblo que han sido mancillados por la calumnia y la deformación más grotesca.

Una empresa noble, digna de un paladín medioeval que hoy desenvaina la pluma en defensa de ideales inmortales de la Humanidad.

La biografía de Xikotenkatl que presenta Gabriel A. Gómez, debemos estimarla como una cosa importante ya que viene a ser un nuevo aporte a las investigaciones y rectificaciones históricas que con gran urgencia se imponen. Llega esta obra en

el preciso momento en que se inicia la revaloración de nuestras cosas, y de nuestra cultura.

No es este libro un simple acopio de datos erúditos, no es simplemente la transcripción maquinaal de lo investigado y lo leído, hay en la obra un amplio concepto de la vida del Hombre, de la vida del Pueblo, de la vida misma de la Humanidad; existe interpretación serena pero firme, no hay subterfugios, hay rotundez en las afirmaciones previamente pensadas, discutidas y bien fundamentadas.

Gabriel A. Gómez es un nuevo historiador que discute, que razona y allí donde su pensamiento encuentra algo confuso, lo analiza, lo profundiza hasta hacer la verdad. Esta verdad la declara sin temores; encuentra que es un crimen calumniar a un pueblo "solo porque un puñado de cobardes gobernantes traicionan a su raza" y declara que el epíteto de traidores que por tantos años se ha dado a los hombres de Tlaxkallan es injusto, que los traidores son y serán siempre los serviles, los Maxixkatzin donde quiera que se encuentren; pero jamás el PUEBLO DE TLAXKALLAN. Y efectivamente Tlaxkallan nunca fué traidora.

Consideramos como una de las tareas más nobles del hombre la de enseñar la verdad y sobre todo la de limpiar de manchas injustas a quien espíritus malévolos han infamado calumniosamente.

Nuestra Historia que ha menester de grandes correcciones de este estilo se congratula de la aparición de la obra de Gabriel A. Gómez.

JUAN LUNA CARDENAS

XICOHTENCATL AXAYACATZIN

Grandes figuras políticas han existido en la historia precortesiana de México; pero por encima de todas ellas, se destacan especialmente dos personajes cuya heroicidad difícilmente han sobrepasado otros también valientes guerreros y caudillos de nuestra América indígena. Estos dos patriotas insignes, sólo comparables a los aguerridos patriotas griegos como Demóstenes, Epaminondas, Leonidas y Pelópidas, son: Cuauhtemoc y Xicohtencatl.

Las noticias sobre los primeros años y la juventud de Xicohtencatl, se pierden en la oscuridad en que se encierra el pasado de todos los pueblos antiguos de la tierra, y particularmente, el de las civilizaciones aborígenes de México. Descorriendo el velo a las tenebras en que vivían aquellas sociedades, aumentadas posteriormente por la fiebre destructiva de los conquistadores, descubrimos las características de valentía que desde niño ha de haber poseído este noble, grande e incomparable espíritu, representativo de los más elevados valores físicos, morales e intelectuales de su raza. Teniendo en cuenta, pues, la índole de la educación y las prácticas semi-espartanas a que se sujetaban todos los miembros de la clase social a que pertenecía

Xicohtencatl, necesario es reconocer en él, desde muy joven las grandes cualidades de disciplina e inteligencia, de amor a su patria y a la libertad, que más tarde le distinguieron en los campos de batalla dándole justa inmortalidad.

Aunque mucho antes de la llegada de los españoles, Xicohtencatl había tenido ocasión para demostrar su valor y la nobleza de su carácter, la Conquista, una de las epopeyas militares más grandiosas que se conocen, fué sin duda la mejor oportunidad que se le podía ofrecer para escribir en las páginas de la Historia Universal, los hechos más notables de su vida.

Lo que se ha querido llamar en la historia, República de Tlaxcala, no era más que una federación de cuatro grandes y aguerridos reinos, formados a raíz de la guerra desatada por las Tribus Chichimecas contra Texcalticpac, donde habitaban primitivamente Ulmecas y Xicalancas, y que señoreó y pobló Culhua Quanez, primero y único rey de estas tierras. Repartidas éstas entre sus parientes más cercanos, formáronse sucesivamente las cuatro Cabeceras que con el tiempo llegaron a constituir cuatro prósperos e inmensos Señoríos independientes, cada uno de los cuales estaba gobernado por un Cacique o Rey que disfrutaba de completa autonomía para los asuntos interiores, pero que en lo militar se hallaban ligados por una poderosa alianza que sólo concertaban en tiempos de guerra, para conquistar nuevos territorios o de-

fenderse de sus temibles enemigos. Cuando una u otra de estas cosas se ofrecía, reuniánse en Consejo para nombrar al General que debía conducir y dirigir a los ejércitos aliados, y a esta reunión de los cuatro señores principales es a lo que la imaginación de los historiadores ha llamado Senado Tlaxcalteca o República de Tlaxcala.

La cabecera de Tizatlán, de donde era oriundo Xicohtencatl, tuvo su origen en un valle o llano llamado Teotlalpam, poblado por señores que procedían de Tepeticpac. Su fundador fué, según Diego Muñoz Camargo, Xacayamachan Tzonpanetelepolohuetecuihtli, y conforme el historiador Torquemada, que nos parece más acertado, Xacamachatzompane o Tepelohuatecuihtli, cuya ortografía y denominación también acepta Camargo, aclarando que se trata de dos nombres diversos reunidos en uno solo. A la muerte del señor de Teotlalpam, la cabecera se cambió con Zozozoyequihua Aquiahuacatl, a un cerro cercano al valle, tomando el nombre de Tizatlán. Establecido en este lugar definitivamente el nuevo Señorío, se sucedieron en el poder tres gobernantes más, ocupando el sexto lugar Xicohtencatl padre. De acuerdo con otras relaciones históricas, no hubo seis, sino siete y hasta nueve señores en la cabecera de Tizatlán, incluido don Leonardo Xicohtencatl, (1) bautizado con este nombre por los españoles.

(1) Alfredo Chavero da el nombre de Vicente a este personaje en su Explicación del Lienzo de Tlaxcala, pero Borturini y Camargo le llaman Leonardo.

El territorio dominado por los tlaxcaltecas, no se limitaba exclusivamente a los cuatro señoríos de que hemos venido hablando, sino que se extendió de modo considerable hasta llegar a abarcar vastas regiones, que eran conquistadas por la fuerza o el convecimiento. En otras ocasiones admitían en el seno de su República a grupos numerosos de hombres con sus respectivos jefes o caciques, que acogidos a su amparo formaban nuevos cacicazgos. Estos nuevos pobladores contraían la obligación de pagar tributos y aceptaban todas las condiciones que les imponían los señores de Tlaxcala, quienes los trataban con bastante liberalidad. A su vez, los caciques recién llegados daban a los indios más pobres, parte de las tierras que les eran concedidas, con la condición de que las trabajaran en beneficio de aquellos, constituyéndose así, un verdadero feudalismo.

Con estos convenios territoriales se ensanchaba continuamente el poderío de los tlaxcaltecas, y como resultado de los halagos de su política amistosa hacia los pueblos que se les reunían, contaban para su defensa con la espontánea adhesión de los mismos.

Aunque estas digresiones nos apartan un poco de la biografía, se hacen necesarias para conocer el medio social y político en que se movía Xicohtencatl.

Volviendo a nuestro asunto agregaremos que en tiempos del rey mexicano Ahuitzotl, las rela-

ciones entre tlaxcaltecas y mexicanos eran cordiales, aunque aquél había dominado ya grandes territorios y héchose reconocer como único señor por los de Huexotzinco y Cholula. Al subir al poder Axayacatl, su imperio continuó extendiéndose de manera extraordinaria, y temerosos los tlaxcaltecas de que intentare apoderarse de sus tierras como su antecesor lo había hecho con las de sus vecinos, decidieron tomar las armas y permanecer alertas con el fin de repeler cualquier agresión, en caso necesario.

En vista de esto, los ejércitos mexicanos, unidos con los de las tribus que habían sometido, se dedicaron a obstaculizar la libertad de acción de los tlaxcaltecas. De esta manera, la expansión obtenida por los cuatro señoríos se fué reduciendo poco a poco, hasta quedar Tlaxcala limitada a su propio territorio cuyo gobierno como hemos dicho lo constituían, en tiempos de guerra, los señores de las cuatro cabeceras reunidos en Consejo, las deliberaciones y resoluciones de los cuales expresaban la voluntad de la Nación. En cierto modo es innegable el carácter democrático de esta forma de gobierno respecto al sistema de la Confederación Mexicana, que admitía a un sólo señor como único soberano y árbitro de los destinos de muchos pueblos.

Habiendo conquistado los mexicanos la mayoría de las naciones conocidas hasta entonces, restábales por dominar entre otras, la República

de Tlaxcala, causa por la cual estos dos sistemas hallábanse en abierta pugna cuando llegaron los españoles; lo que explica las relativas facilidades que tuvieron para realizar la conquista. Ante el empuje creciente y la ambiciosa idea de dominación universal de los mexicanos, los tlaxcaltecas opusieron una tenaz y heroica resistencia durante más de sesenta años antes de la venida de Hernán Cortés sin que hubieran podido los primeros abatir y menos subyugar a los indomables guerreros de la República tlaxcalteca. Llama mucho la atención, sin embargo, el hecho que consigna Diego Muñoz Camargo en su Historia de Tlaxcala, en la que afirma que en realidad los mexicanos nunca se propusieron conquistar a Tlaxcala, porque de haberlo querido, lo hubieran conseguido fácilmente dado su gran poderío. Dice igualmente este historiador que mas bien lo que deseaban era conservarla como fuente de aprovisionamiento de prisioneros para sacrificar a sus dioses, (aunque otra autoridad contemporánea en esta materia, el Ing. Juan Luna Cárdenas sostiene que es falso que se practicaran sacrificios humanos entre los aztecas) y que por esto, en la época del anciano Xicohtencatl, acordaron Moctezuma y Netzahualcoyotl instituir una guerra sagrada con Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula, que debería verificarse en determinados días de cada mes, con la sola condición de que se enfrentasen igual número de soldados por ambas par-

RUINAS DE TIZATLAN



Lo que se ve en el presente grabado es lo único que resta de las ruinas arqueológicas de Tlaxcala. El templo católico que se ve al fondo fué construído en el lugar en donde estaba el Senado de la República de Tlaxcala. Adelante se ven las ruinas de un templo y otras construcciones precortesianas.

Tizatlán que es el nombre de este sitio está a pocos kilómetros de la ciudad de Tlaxcala.

Cortesía del Lic. José Pavia Crespo. Dir. del Inst. Indig. Mex.)



tes. Durante las treguas de paz que tenían, los señores mexicanos enviaban a los de Tlaxcala ricos presentes y todas aquellas cosas de que éstos carecían, sin que el pueblo se diese cuenta, cruzándose también en secreto muy respetuosos saludos. De este modo no menguaban ni la integridad ni la soberanía de Tlaxcala y el culto a los dioses y sus costumbres se mantenían inalterables. Esto demuestra el distanciamiento profundo que existía entre las clases privilegiadas de ambas naciones y sus respectivos pueblos, y la política que hoy llamaríamos maquiavélica, sostenida en defensa del Estado y los intereses de los poderosos.

De ser demostrable la tesis del Ing. Luna Cárdenas, ella echaría por tierra no sólo uno de los fundamentos principales en que se basa toda la historia antigua de América, sino que, la afirmación de Diego Muñoz Camargo así como la de muchos otros historiadores acerca de los fines que perseguían los aztecas al establecer la periódica guerra sagrada, no sería de tomarse en cuenta, lo que nos inclinamos creer, dado que este historiador era más hispanista que tlaxcalteca. De lo anterior resulta que las famosas guerras sagradas no tuvieron el carácter de tales y más bien eran verdaderas guerras de conquista, desatadas por Moctezuma Ilhuicamina contra la República de Tlaxcala, que ésta supo siempre rechazar heroícamen-

te defendiendo hasta lo último su soberanía e independencia.

La primera participación que tuvo Xicohtencatl en las contiendas militares de su patria, que registra la historia, fué con motivo de la guerra sostenida por Tlaxcala cntra Zocotlán, como consecuencia de una intriga de Maxixcatzin, señor de la cabecera de Ocotelolco y enemigo mortal de los Xicohtencatl. En esta ocasión el joven general alcanzó una brillante victoria que le conquistó fama de valiente. Después de haber derrotado al enemigo en el campo de batalla y de hacerle numerosos prisioneros, sus tropas alcanzaron la escolta que custodiaba y conducía herido a Ocambo, jefe del ejército de Zocotlán, y en el momento en que los soldados tlaxcaltecas se disponían a acabar con él y con quienes le rodeaban, Xicohtencatl interponiéndose entre los vencidos y su ejército, con voz firme exclamó: "*Tlaxcaltecas! No manchéis vuestra gloria con la muerte de los vencidos. Nuestra venganza debe ser generosa*". A pesar de la intervención de Xicohtencatl, Ocambo, que había recibido un flechazo en la garganta murió poco después que su esposa Ozimba, que también había sido herida en la contienda al salir en compañía de su hija Teutila al encuentro de su esposo. La hermosa Teutila fué conducida a Tlaxcala con los respetos y cuidados que merecían su sexo y su rango, no obstante corresponderle a

Xicohtencatl como esclava, por ser prisionero de guerra.

Xicohtencatl era de gallardo continente y de estatura más bien alta que mediana, de facciones varoniles, mirada expresiva y penetrante. Demostraba en todos sus actos una gran firmeza de carácter y decisión en el obrar y su aspecto majestuoso imponía respeto a todos los que le trataban. Su denonado y elegante porte, sus delicadas atenciones y nobles sentimientos, rechazados al principio por Teutila, acabaron por atraerla hacia aquél a quien juzgaba responsable de su desgracia; a la vez, la sin par belleza de la joven zocohtlana había conquistado totalmente el corazón del esforzado y gentil guerrero tlaxcalteca, dando así comienzo el más grande y sincero idilio de la América prehispánica, que, sin embargo, habría de costarles a ambos la vida, por la trágica y fría intromisión de Hernán Cortés, que a la sazón se hallaba en Tabasco obteniendo sus primeros triunfos.

El prestigio de Xicohtencatl aumentaba rápidamente, desde la campaña de Zocotlán, y la inquietud crecía en Tlaxcala, a medida que se aproximaban a sus fronteras los españoles. La intriga de Maxixcatzin contra los de Zocohtlán había sido descubierta, pero se le perdonó por los consejos del anciano Xicohtencatl, que comprendía que una división entre los tlaxcaltecas, en aquellos momentos pondría en grave peligro la soberanía y la libertad de la patria y no existiendo motivos que justifica-

ran la guerra emprendida contra aquella nación, fueron puestos en libertad los prisioneros que hiciera Xicohtencatl.

Mientras esto ocurría, Cortés seguía en su avance hacia el interior con la mira de llegar hasta el centro del Imperio Mexicano. Sabedor de que el camino más corto y menos peligroso para ir a Tenoxtitlán era el de Tlaxcala, detúvose cerca de la misma a esperar la respuesta del Senado, a los ofrecimientos de paz y amistad que había hecho por conducto de dos embajadores.

Ante la inminente amenaza de invasión de ejércitos extranjeros, el Senado de Tlaxcala reunióse bajo la presidencia de Xicohtencatl padre, con el fin de resolver si era de concederse el permiso que solicitaban los españoles para pasar a través de su territorio o tomar las armas para hacer respetar su independencia. En las discusiones, Maxixcatzin se puso de parte de los invasores, ponderando sus triunfos anteriores y reputándolos como invencibles, viendo en ellos a enviados del cielo, cuyas armas consideraba sobrenaturales, pues según él, manejaban el rayo y sus embarcaciones eran palacios flotantes. Exaltó, asimismo, el valor y los continuos éxitos de los españoles, su generosidad para con los pueblos conquistados, quienes movidos por el agradecimiento se hacían sus aliados y, en fin, las señales divinas que, de ser desatendidas podían desatar la ira de los dioses. Y por si esto no fuese suficiente argumento

para convencer al Senado, manifestó que sería una falta grave el recibir con las armas en las manos a quienes venían de paz y una vergüenza para la gloriosa tradición de Tlaxcala, enfrentarse y temer a un puñado de hombres, cuya derrota, en caso de lograrse, no aminoraría el desprestigio de la República. Además, que las profecías de sus antepasados se estaban cumpliendo, pues les habían anunciado la llegada por Oriente de seres celestiales, e inútil sería oponerles cualquier resistencia, causa por la cual juzgaba conveniente se les permitiera el paso hacia México, que era lo único que solicitaban.

A estas declaraciones derrotistas respondió con gran elocuencia el joven Xicohtencatl: *¡Respetables y justos tlaxcaltecas! No en todas ocasiones se debe a las canas la seguridad del acierto: más inclinadas éstas al miedo que a la valentía, suelen ser mejores consejeras de la paciencia que del valor. Respeto la autoridad de Maxixcatzin; pero, conducido por mi ardiente amor a la patria, y quizás por la fogosidad de mis pocos años y por la inclinación de mi profesión voy a exponer mi dictámen, que sujeto gustoso a vuestra prudencia. Cierro es que ha corrido entre el vulgo una confusa tradición sobre la venida de unos reformadores orientales; cuya venida se perpetúa en el vaticinio y tarda en el desengaño. Ni es mi ánimo combatir ahora este rumor que se ha hecho respetable por la manera como se ha difundido. La flaqueza humana ha*

acogido siempre con una tímida credulidad semejantes profesías: pero ¡desgraciado el pueblo que se deje alucinar por los que intentan sacar partido de ellas! Sus armas de fuego, sus palacios flotantes, no son más que obras de la industria humana que se admiran, porque no se han visto. Si no se valen también de las ilusiones de algún arte como las de nuestros agoreros. Se encarecen sus proezas en Tabasco. ¿Fué acaso más que vencer un ejército superior? ¿Y esto se pondera en Tlaxcala como sobrenatural, donde se obran cada día con la fuerza ordinaria mayores hazañas? ¡Tlaxcaltecas! Estos mismos hombres que se os pintan como invencibles y como celestiales, se os proponen también como un objeto cuya rendición empañaría vuestra alma por su pequeñez. Quinientos hombres no son bastantes, cualesquiera que sean sus fuerzas y sus armas, para imponer temor a los tlaxcaltecas; y ciertamente no los teme el que intenta combatirlos, sino el que trata de cederles. Mas estos hombres vienen ya con los ejércitos de dos naciones que se les han aliado, y si otras siguen el mismo ejemplo, pueden llegar a ser muy temibles, sin que tengamos que recurrir a la protección del cielo, que nadie debe esperar mejor que el que la busque en la sinceridad y justicia de sus sentimientos. Si los zempoales y totonaques los han admitido a su amistad, ha sido sin consultar a nuestra República, y vienen amparados en una falta de atención, que merece el castigo de sus valedores. En cuanto a esa benigni-

dad, que tan pomposamente se ostenta, yo la tengo por un artificio para ganar a menos costa los pueblos; en una palabra, la tengo por una dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir el veneno; porque no conforma con lo demás que sabemos de su codicia, soberbia y ambición. Esos hombres, si ya no son algunos monstruos que arrojó la mar en nuestras costas, roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata y abandonados a las delicias de la tierra: desprecian nuestras leyes, intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religión; destruyen los templos; destrozan las aras; blasfeman de los dioses... ¡Y se escucha sin horror y aún sin escándalo el nombre de paz!... ¡Y para esto se nos presentan en prueba esos fenómenos, tan encarecidos por Magiscatzin, como otros tantos avisos del cielo!... Por mi parte yo los tomo como tales; pero el cielo no nos avisa de los bienes que debemos esperar; sino de los males que debemos temer, para que no se duerma nuestro cuidado, ni se deje estar nuestra diligencia. Mi sentir es, pues, que se llamen todas las fuerzas de Tlaxcala, y que se acabe de una vez con ellos; pues que el cielo nos los presenta como enemigos de la patria y de los dioses; y estos confían a nuestro valor sus venganzas. Castiguemos, pues, con nuestras armas su fatal y perversa conducta; y conozca el mundo que no es lo mismo ser victorioso en Tabasco, que invencibles en Tlaxcala”.

Estas fogosas palabras produjeron gran revuelo en el Senado y enardecieron el espíritu de libertad e independencia de los que se hallaban presentes, y hubo necesidad de larga espera para que la calma se restableciera de modo que el anciano Xicohtencatl pudiera hacer uso de la palabra.

Dada la importancia del anterior y del siguiente discurso, nos hemos permitido transcribirlos íntegramente con el deseo de aclarar ciertos conceptos sobre Tlaxcala, que la historia ha tergiversado posteriormente. Condenar a un pueblo o considerarlo en su conjunto como traidor, por el simple hecho de que en él hubieran existido uno o varios individuos que lo hayan traicionado, es una calumnia y una aberración histórico-política.

Esta biografía tiene por fin no sólo dar a conocer las relevantes dotes morales y patrióticas de uno de los más grandes valores humanos de la América aborigen, sino el reivindicar el hasta hoy no bien conocido pueblo tlaxcalteca, de la acusación ominosa que sobre él pesa de haber sido traidor a su raza.

Y si se aceptara que los tlaxcaltecas estuvieron todos de acuerdo en aliarse con los españoles para combatir al Imperio Mexicano, lo cual no es exacto, aun así, tendría disculpa su proceder y la historia no podría condenarlos. Hay que considerar antes de lanzar el cargo de traidor a un pueblo, y en este caso al tlaxcalteca, que el régimen de gobierno de los mexicanos era totalmente opuesto al de Tlax-

EL NEPOAL TLATOLLI AMATL ANTE LA PRESENCIA DEL SENADO



La embajada que envió Cortés a los señores de Tlaxcala estaba compuesta por cuatro cempuaitecas y por Marina, según la mayoría de los cronistas, pero en el grabado sólo se ve a un mensajero que presenta la carta ante el Senado. Los otros embajadores se quedaron afuera o fueron encarcelados, pues siendo enemigos de los tlaxcaltecas, lo primero en que pensaron éstos fue en sacrificarlos a sus dioses.

Los cuatro jefes de la señoría aparecen sentados en sus ICPALLI o sillas señoriales, cubiertos con sus AYATL o mantos y calzados con sus CACTLI o san-

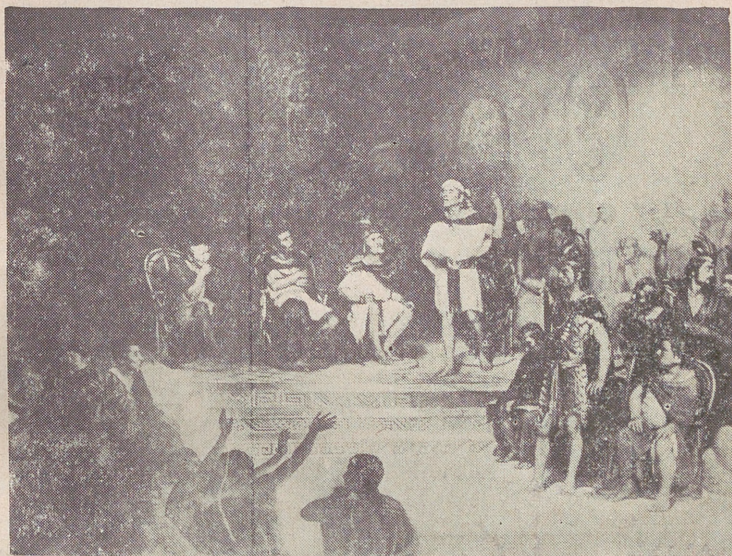
dalias. Los cuatro tienen el cabello trenzado y atado con cintas teñidas de grana, como los Cactli, que tienen diversa forma y adorno. Tres de ellos, que son: Maxixcatzin, Tlehuexolotzin y Citlalpopocatzin, tienen en el tocado el plumero, símbolo de los guerreros y una especie de corona o MALACATL, sobre la frente. Xicohtencatl, como ciego no podía tener mando en el ejército, y así lo indica su actitud en la pintura.

Los cuatro senadores alternan en su indumentaria los colores blanco y rojo que simbolizan la señoría de Tlaxcala.

(Tomado de la "Explicación del Lienzo de Tlaxcala", de don Alfredo Chavero).



SENADO DE TLAXCALA



Este cuadro representa la memorable e histórica sesión del Senado de Tlaxcala, en el momento en que se discute la solicitud de Cortés de que se le permita pasar por el territorio de la República tlaxcalteca para ir a Tenochtitlán. En el segundo plano de la pintura se ve a los cuatro señores principales, tres de ellos sentados en sus ICPALLI y uno de pie haciendo uso de la palabra. Este último es Xicohtencatl padre, a la sazón Presidente del Senado, quien está pronunciando el fogoso discurso que aparece en el texto del presente libro, en contra del parecer de Maxixcatizin, el primero a su izquier-

da, que estaba porque se les permitiera a los españoles el permiso que solicitaban.

Abajo del estrado y en primer término, de pie, con el brazo derecho levantado empuñando el bastón de mando y ataviado con las vestiduras guerreras que simbolizaban su calidad de General en Jefe de los ejércitos tlaxcaltecas, se encuentra el joven Xicohtencalt, quien se opuso también a Maxiúcatzin y solicitó se declarase la guerra a los invasores.

Al fondo, se destacan Camaztli, dios de la guerra, y a sus lados unas piedras labradas. Un poco más arriba se distingue una cenefa de pinturas murales conmemorativas de batallas y hechos heroicos, y en la pared de la derecha los escudos de Tizatlán, cabecera mayor de los cuatro señoríos.

A la izquierda se amontona una parte del pueblo y a la derecha se hallan sentados o de pie los sacerdotes y caciques aliados principales. La mayoría de ellos aclama con ademanes y voces aprobatorias la defensa que hace Xicohtencatl de la libertad e integridad de su patria.

(Pintura moderna existente en una de las galerías del Palacio de las Bellas Artes).



cala, y que ésta nación sufría constantemente las agresiones más injustificadas por la política imperialista de aquellos, política que los tornó en irreconciliables enemigos de los tlaxcaltecas y en opresores despiadados de muchos otros pueblos.

La presencia de los españoles, portadores de armas superiores a las suyas y desconocidas hasta entonces, bien pudo haber hecho pensar a los que se pusieron de parte de ellos, que si aceptaban la alianza propuesta por Cortés para atacar a los mexicanos, acabarían con el peligro y la amenaza que el poderío de estos representaba a su libertad. Posiblemente llegaron a pensar, sobre todo Maxixcatzin, en la segura hegemonía de Tlaxcala y de su sistema democrático en el Anáhuac, después de inflingir derrota a los mexicanos. No contaban, desde luego, con la audacia e hipocresía de Hernán Cortés, que hábilmente les hizo creer semejante cosa ocultando sus verdaderos propósitos de conquista, excepto al joven Xicohténcatl, quien tuvo una visión política más amplia y justa que el ambicioso señor de Ocotelolco.

Cuando el orden volvió a establecerse en el Senado, el viejo Xicohtencatl se expresó de esta manera:

"Hijos míos, pues que mis años me dan el derecho de llamarlos así, les dijo: sabios senadores y valientes tlaxcaltecas, cuando se trata de la salud de la patria, todos los demás afectos deben callarse. No me parece que ninguno de vosotros me ta-

chará de impío; mi veneración a la religión ha llegado hasta el exceso de respetar las preocupaciones ridículas e infundadas que la habilidad o tontería de los sacerdotes ha introducido bajo el manto sagrado de su proveniencia del cielo. Mas la que hoy se quiere hacer valer para que doblemos la cerviz a un puñado de extranjeros, debe irritar a todo el que conserve un poco de amor patrio y un resto de pundonor. Hace unas cuantas lunas, que nos hubiera sido difícil fijar el sentido de esta predicción, en la que, si nos separamos de las ideas ridículas con que se ha ido alterando en su curso por tantas generaciones, encontraremos sólo la pintura de unos hombres que vendrían de donde nace el sol a hacernos entrar en la senda de la virtud y de la justicia, cuando hubiéramos prevaricado. Medio ingenioso de presentar en un apólogo profético una lección de virtud; y proporcionar al mismo tiempo una disposición favorable al conocimiento de un Dios remunerador y justiciero. Pero ahora que, dando tormento a los menores rumores, se hace de todo esto una aplicación a esos hombres; cuando el vulgo temeroso y crédulo comienza a pensar si serán esos extranjeros los pronosticados; es un blasfemo y un traidor a la patria el que quiera sostener una necedad tan absurda. ¡Dioses sacrosantos! ¡Vuestros defensores los que derriban vuestros templos! ¡Los que abaten vuestras imágenes, sin conocer que en cada una de ellas representamos una virtud!... Esos cometas y esos fenómenos del

aire son admirables, pues que no conocemos ni su causa ni las leyes de su mecanismo; pero si tienen algún fin moral, es solamente el de darnos a conocer la grandeza del poder del que gobierna el mundo y la pequeñez e ignorancia de nuestra naturaleza. Jamás han significado, ni significarán otra cosa. El pedir o dar explicaciones morales sobre estos fenómenos es o el exceso de la necedad, o el último grado de la bribonería. Perdonad, representantes de Tlaxcala, el calor con que se expresa mi celo, y tú, hermano Magiscatzin, no te ofendas si la lengua de un tlaxcalteca sabe pintar los sentimientos de su corazón: los tuyos deben ser idénticos, y lo serán sin duda cuando oigas lo que te dice tu razón y tu luz natural. Prosigo. Esa benignidad que se nos pondera es una hipocresía atroz y abominable. Su lenguaje es este: Yo vengo a esclavisaros a vosotros, vuestros pensamientos, vuestros hijos y vuestra decencia: vengo a destruir vuestro culto y a haceros apostatar de vuestra religión: vengo a violar vuestras mujeres y vuestras hijas: vengo a robaros cuanto poseeis: si os sometéis gustosos a tanto envilecimiento, **MI SOBERANA BENIGNIDAD** os reserva el alto honor de que seais mis aliados para que perezcáis peleando contra mis enemigos. Así lo han hecho en Cozumel, en Tabasco, en Zempoala y en los demás países que el destino ha condenado a sufrir su presencia. Pero, aún cuando nada de eso fuera así, ¿cómo puede olvidar Tlaxcala la circunspección y reserva que siempre

ha tenido para hacer nuevas alianzas? ¿Quién nos asegura que esos vasallos de un tirano no se asociarán con Moctezuma, cuyo despotismo es más análogo a su manera de gobierno? Nosotros deberíamos prevenir que nos puedan perjudicar en lo sucesivo y disponernos a rechazar sus ataques, aún antes que los intenten. Desgraciadamente esto ya no es posible: su embajada es un insulto a la soberanía de la República, pues amenaza y amonesta, en lugar de pedir un favor. Y no me detengo en analizarla, porque la cólera me privaría de la serenidad de que tanto necesito en este momento. Creedme, compañeros, jamás una nación hizo favores y beneficios a otra: el interés las conduce en sus relaciones recíprocas; y la que más adelanta en la perfección, es solamente justa con las demás. Esa generosidad, esas benéficas intenciones, ese bien nuestro que los saca de sus hogares; todas son expresiones de un arte desconocido en estos climas, y que, o yo me engaño mucho, o es más infernal y diabólico que sus armas de fuego. Mi dictámen es, pues, que se niegue el paso a los extranjeros; y que se ponga en pie la gente que se juzgue necesaria para defendernos, si osasen entrar sin nuestra licencia en el territorio de nuestro país”.

Estos patrióticos discursos hicieron cambiar la opinión del Senado, que ya se inclinaba de la otra parte con la intervención de Maxixcatzin, tomándose al final la resolución de resistir a los invasores y nombrar como general en jefe de los ejérci-

tos de los Cuatro Señoríos al joven e imponderable Xicohtencatl Axayacatzin, que entonces contaba 35 años de edad, con la idea de impedir la entrada de los españoles a su territorio.

Hallándose Cortés acampado muy cerca de Tlaxcala, impaciente por la demora en el regreso de los embajadores que había enviado y ansioso de conocer la decisión del Senado, resolvió seguir adelante impulsado por un suceso imprevisto.

Una tarde, al salir de paseo Diego de Ordaz en compañía del padre Olmedo, se encontraron con Teutila en un bosque cercano donde generalmente tenía ésta sus citas con Xicohtencatl. Ordáz, que se prendó de la belleza de la joven, no pensó en llevarla al campamento, pero Fray Bartolomé de Olmedo, comunicó a Hernán Cortés, el encuentro tenido con la americana. Inmediatamente Cortés mandó a llamar a Ordáz, y después de reconvenirle con severidad por su falta de celo en el servicio del Rey, le dió órdenes terminantes de que buscara a la muchacha y la condujera a su presencia, por considerarla de suma importancia para sus fines. Diego de Ordáz, complacido, fué en busca de Teutila, a la que encontró en el mismo lugar del día anterior, y aun contra su voluntad, pues temía por la suerte de la joven, valiéndose de hábiles astucias consiguió llevarla al cuartel. Una vez allí, Hernán Cortés, audazmente, obtuvo de ella declaraciones que le pusieron en descubierto la situación política e interna de Tlaxcala: la pugna

existente entre el padre de Xicohtencatl y Maxixcatzin; el lugar en que se encontraban los ejércitos tlaxcaltecas; el número y la calidad de sus aliados, y en fin, todos los secretos militares que no debían haber sido revelados nunca, con lo que, deseando ingenuamente ayudar a los seres más queridos para ella, facilitó por el contrario, su destrucción y su muerte.

Poco después de iniciar su marcha, Cortés se encontró en el camino con uno de sus embajadores que habiendo logrado escapar de la prisión en que le tenían, venía en su busca, y todo amedrentado refirióle los preparativos de guerra que hacían los tlaxcaltecas, por haber triunfado en las deliberaciones del Senado el partido de los que se oponían a recibirle como amigo. Ya a las puertas de Tlaxaca, el jefe español mandó a uno de sus hombres de confianza a que le trajera como pudiera a un tlaxcalteca vivo. El comisionado, no sin poco trabajo, logró apoderarse de un indígena viejo y conducirlo hasta la tienda de su capitán. Este le dijo que si amaba a su patria y quería salvarla, fuera a Tlaxcala, buscara a Maxixcatzin y en secreto le dijera, que él, Cortés, para quien nada estaba oculto, sabía con cuanto ardor había defendido siempre la justicia; cómo se despreciaba su prudencia, que estaba dispuesto a defender su honor con las armas y que podía considerarlo como su amigo.

Entretanto aprestábase el ejército tlaxcal-

teca bajo las órdenes de Xicohtencatl Axayacatzin con el único propósito de impedir la entrada de los españoles a su territorio, que como hemos visto, avanzaban hacia él. Dice Bernal Díaz del Castillo que al llegar a los límites de Zocothlán con Tlaxcala, encontraron una muralla de cal y canto fuertemente construída, y que más allá vieron cosa de treinta indios, de los que ordenó Cortés tomaran uno sin herirlo, pero que opusieron tal resistencia que para lograrlo tuvieron que matar a varios. Poco después apareció un escuadrón de más de tres mil tlaxcaltecas, librándose la primera batalla que quedó pendiente por ser ya de noche y haberse retirado los indios en perfecto orden. Al día siguiente, 2 de septiembre de 1519, enfrentáronse por segunda vez los dos ejércitos, yendo a la cabeza de las fuerzas tlaxcaltecas el valeroso Xicohtencatl en persona. La lucha fué sangrienta. Los españoles fueron rodeados por todas partes y cuando estaban ya casi perdidos el azar quiso que Xicohtencatl, al tener noticia de la muerte de ocho de sus principales jefes, previendo una desbandada de sus tropas por la falta de dirección, por el temor de los indios ante la efectividad de las armas de fuego y los caballos, ordenara la retirada en el preciso instante en que una nueva acometida le hubiera dado la victoria más completa, pues los españoles habían sufrido muchas bajas y los restantes se hallaban agotadísimo por el furor con que fueron rechazados.

La muerte de numerosos indios y especialmente la de los cabos del ejército de Xicohtencatl, que eran hijos de los caciques principales, sirvióle de pretexto y apoyo a Maxixcatzin para insistir en que se hiciera la paz y se permitiera a los españoles entrar en los términos de Tlaxcala. Por su parte Cortés aprovechó aquella tregua para enviar otra embajada a Tlaxcala con instancias de paz y encarecidos ofrecimientos de amistad, pero fué rechazada nuevamente y la respuesta la envió el joven general tlaxcalteca, acompañada de indignadas amenazas y terribles augurios que no dejaron de poner temor y desmoralización en los corazones de los españoles, muchos de los cuales pidieron a Cortés que desistiera de semejante empresa que podía costarle a todos la vida.

El partido de Maxixcatzin crecía a pasos agigantados logrando introducir arteramente la división en el Senado y la discordia en el ejército de la República, en la que los únicos que sostenían ya la defensa del honor, de la libertad y las tradiciones más sagradas de los tlaxcaltecas, eran el anciano y el joven Xicohtencatl. Enardecido este último por la noticia de la prisión de Teutila, que le diera un indio escapado del campamento de Cortés, se dispuso a continuar la lucha contra los españoles, quienes no sólo pisoteaban la soberanía de su país, sino que mancillaban hasta sus más delicados sentimientos.

Desde que el hombre ha vivido en sociedad,

HERNAN CORTES ABRAZA AL SENADO DE TLAXCALA



Esta pintura tiene una doble significación. La primera es la recepción de Cortés por los señores de Tlaxcala. A esta se refiere la leyenda mexicana, escrita en caracteres góticos, que está en la parte superior, la cual dice: ICOMOBAVATECQUE-TLAXCALA; que significa: YA SE ABRAZARON EN TLAXCALLA. En efecto se ve a Cortés de pie y sin sombrero, a quien va a abrazar uno de los señores; pero el primero toma con su mano izquierda la derecha del segundo, que quedaba cerca de la empuñadura de su espada; costumbre

que por precaución tenía Cortés siempre que lo abrazaban.

Aquí se ve nada más a tres señores que lo reciben; la ausencia de Xicohtencatl se explica por su avanzada edad y ceguera.

El primer jefe tiene una manta blanca adornada con correas rojas de cuero; los tres sus correas blancas y rojas en la cabeza; y su TECPILOTL o penacho de plumas; y presentan ramos de flores a Cortés.

La segunda significación de la pintura, es la erección de una cruz en el lugar donde lo recibieron los señores. Se ve en efecto la cruz, y detrás a Marina, y a fray Bartolomé de Olmedo con un estandarte.

(Tomado de la "Explicación del Lienzo de Tlaxcala", de Alfredo Chavero).



el sostenimiento de tres principios inalienables, ha sido lo que ha provocado siempre todas sus luchas: el derecho a vivir, el amor y la patria. Pero a la par de tan elevados ideales, por los que han luchado los grandes espíritus de la humanidad, han existido también caracteres mezquinos, ambiciosos, cobardes y traidores. Uno de estos fué Maxixcatzin.

Habiendo llegado nuevos refuerzos a Tlaxcala, este siniestro personaje intrigó para que sus jefes no acataran las órdenes de Xicohtencatl y se insubordinaran en la primera oportunidad. Así se lo comunicó a Hernán Cortés con el fin de que supiera que contaba con su ayuda.

Después de la amenazadora respuesta enviada por Xicohtencatl a Cortés, éste, de una manera astuta, hizo ver a sus soldados la peligrosa situación en que se hallaban y que echarse atrás en semejantes circunstancias era peor que combatir. Dispuesto y reanimado todo su ejército, salió al encuentro del enemigo que se acercaba para librar, el día 5 de septiembre, la segunda batalla formal con los tlaxcaltecas. Las fuerzas de Xicohtencatl lo cercaron por cinco puntos diferentes y cargaron contra él con ímpetu tan poderoso que destruyeron su formación hiriendo a muchos de sus soldados y caballos. Algunos españoles dándose cuenta del peligro que corrían, empezaron a formarse nuevamente. Al ver esto Xicohtencatl, ordenó a uno de los jefes aliados recién llegados que atacase por

ese lado a los extranjeros para impedir que se reunieran y destrozarlos, pero no fué obedecido, antes por el contrario, este cacique entabló una acalorada discusión sobre la manera de conducir la pelea, dando tiempo de este modo para que los españoles se repusieran, y en seguida volvió sus tropas contra las del general tlaxcalteca, produciéndose una confusión tremenda en el campo de batalla, pues otros jefes comprados también por **Maxixcatzin**, hicieron lo mismo que el primero. Xicohtencatl, demostrando su talento militar, no perdió la serenidad que era necesaria en aquel instante, y defendiéndose con valor de ambos adversarios, dispuso la retirada de sus tropas sin que los españoles pudieran molestarle por lo maltruchos que se hallaban.

Consigna Díaz del Castillo, historiador muy sobrio cuando se refiere a las cosas de sus compatriotas, que allí les mataron un soldado, hirieron más de sesenta y también a todos los caballos: sin embargo, en la misma página donde dice lo anterior, escribe lo siguiente: *"Y luego nos fuimos a nuestro real, muy contentos, y dando muchas gracias a Dios, y enterramos los muertos en una de aquellas casas que tenían hechas en los soterráneos, porque no viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos teúles, como ellos decían. Y derrocamos mucha tierra encima de la casa, porque no oliesen los cuerpos y se curaron todos los heridos con el unto del indio*

que otras veces he dicho". De donde se desprende que, aun cuando al principio lo niega, sufrieron muchas bajas, entre muertos y heridos. (1).

Como la quinta columna progresaba extraordinariamente, y Xicohtencatl se enterara por su padre, de que el Senado estaba próximo a ceder y a pactar la paz, se decidió a atacar por la noche el cuartel donde estaba refugiado el enemigo. Cortés se hallaba perfectamente atrincherado, y con una pericia en esta parte del arte guerrero y armas superiores, hizo que el asalto fracasara. Xicohtencatl no desmayó por eso, y ante la resolución del Senado de terminar la guerra, respondió por conducto del emisario que le llevó la orden de depone las armas: "*Dile de mi parte al Senado, que si su prevaricación y su envilecimiento llegan hasta abandonar o vender a la patria; yo y los míos la defenderemos*". Y por segunda vez estuvo resuelto a tomar por asalto el cuartel de los españoles, operación que no se realizó porque al día siguiente el Senado mandó disolver el ejército, sin que Xicohtencatl pudiera evitarlo. Otro hecho que contribuyó al desistimiento de las hostilidades por parte de los tlaxtaltecas, fué el haber sido descubiertos en el cuartel de los españoles, unos espías disfrazados que había enviado Xicohtencatl con instrucciones especiales, a los que Cortés puso en libertad después de mutilarles la cara,

(1) Historia de la Conquista de México, pág. 204. Ed. de la S. E. P. México.

las manos y los pies, inaudita crueldad que no dejó de desconcertar el ánimo de los indígenas.

Maxixcatzin que se había impuesto por completo en el Senado, consiguió que se enviaran proposiciones de paz a los españoles, y para entablar las negociaciones designóse al propio Xicohtencatl. Aunque Cortés había insinuado a Maxixcatzin, sus deseos de que fuera el joven General tlaxcalteca el encargado de concertar con él la paz, su designación en el Senado fué enteramente espontánea, lisonjeándose Xicohtencatl de la oportunidad que se le brindaba de hablar personalmente con el capitán español, con la esperanza de obtener la libertad de Teutila. Cuando estuvo en su presencia le dijo: *"General; Tlaxcala que me mandó tomara las armas contra ti, me envía hoy a que tratemos de paz; y Xicohtencatl te la propone con tanta franqueza y buena fe, como tuvo constancia y tesón en la guerra. La República te ofrece paso libre por sus tierras, y te suministrará víveres con abundancia y generosidad: en recompensa sólo te pide, que respetes sus dioses, sus mujeres y sus propiedades"*. Cortés lo abrazó haciéndole rendidas manifestaciones de estimación y amistad. Después de jurada la paz, no dejó Xicohtencatl de hablarle a Cortés acerca de Teutila, haciéndolo con tal franqueza y arrogancia que ocasionó que el capitán español le respondiera que una cosa era el general de las armas tlaxcaltecas y otra Xicohtencatl, a quien despreciaba por la forma de

expresarse. Xicohtencatl, dando una prueba más de su gran carácter y de que sabía dominarse, se limitó a contestar: *"Bien: puesto que tu estableces esa diferencia, después que la paz esté ratificada, el general de Tlaxcala respetará al capitán de los extranjeros; y Xicohtencatl te buscará y pedirá razón como quiera que te llames, pues que debes tener un nombre. Adiós"*. Este desafío no llegó a tener ningún resultado, porque fué evitado, políticamente, por Cortés.

Veinte días permanecieron los españoles en Tlaxcala, haciendo los preparativos necesarios para emprender el viaje hacia la capital del imperio de Moctezuma, quien no había dejado de enviarles nuevos mensajeros y presentes con el propósito de hacerlos desistir de sus intenciones.

Xicohtencatl, contenido por los sabios consejos de su padre, se debatía en la más grande desesperación, viendo al enemigo adentro de su ciudad y sin poder evitarlo como una fiera salvaje que apresada de pronto se encontrara reducida a pasearse en el interior de una jaula y contemplara del lado de afuera a los autores de su cautiverio sin poderles hacer nada. Así se sentía aquel gran patriota, imposibilitado para romper las cadenas de los compromisos contraídos por el Senado de la República con el general de los extranjeros, al tener que respetar la palabra empeñada con quienes trataban de sojuzgar sus conciencias, saquear su país, robar, y violar a sus mujeres y,

lo que era más querido para él, destruir sus libertades y su patria.

Cuando Xicohtencatl se enteró de que los españoles dependían de un monarca poderosísimo, le extrañó, y así se lo expresó a Diego de Ordaz en cierta ocasión: que hombres como ellos entre los que había algunos de valor y virtudes, estuvieran sometidos y obedecieran a un tirano, porque según él entendía, el gobierno de un solo hombre es despótico, así fuere el más noble y magnánimo de todos los que existen sobre la tierra. Consideraba desdichado al pueblo cuya felicidad depende de la voluntad de un solo individuo. Y le ponía como ejemplo a Moctezuma, que después de haber sido un hombre virtuoso y de gran corazón, había terminado por convertirse en un déspota que esclavizaba a veinte pueblos diferentes, muchos de los cuales le odiaban, ocasionando con ello sangrientas luchas, males terribles, la corrupción y degradación de todos.

Este era el Xicohtencatl político; el militar ya lo hemos visto con anterioridad, réstanos observar otro aspecto de la personalidad de este grande hombre: el civil.

A pesar de ser fogoso por temperamento y por vivir en medio de una naturaleza virgen, ardiente y agresiva, Xicohtencatl, como hemos dicho, sabía contener las pasiones desbordantes y tremendas, propias del carácter de un hombre bárbaro y primitivo como él; sin embargo, no pu-

diendo soportar por más tiempo la tortura de ver a su adorada Teutila prisionera, resolvió buscar a Hernán Cortés para pedirle nuevamente explicaciones del encierro a que tenía reducida a una mujer inofensiva e inocente. Con este fin se dirigió al cuartel de los españoles, en donde se hizo recibir por Cortés. Allí conversaron el uno frente al otro, y fué como si dos culturas y dos civilizaciones se vieran, por un instante, cara a cara, causando el asombro y la conmoción de dos mundos. Se produjo entonces de una parte, primero la reclamación serena por el atentado y la provocación injustificables que habían sido cometidos; luego, el desafío valiente, llano y sin ventajas; y de la otra, apareció la altanería, el orgullo, la maldad premeditada y la hipocresía. De un lado estaba un pueblo joven, sano, sincero y sencillo; del otro, un país viejo, corrompido, audaz y ambicioso. Este último triunfó por sus conocimientos técnicos, su experiencia y su fría política.

El español, aparentando no darle mucha importancia a las palabras del americano, abandonó el lugar en donde se encontraban reunidos, dejándole presa de la más grande crisis moral que jamás tuvo en su vida.

Xicohtencatl, en vista del grave peligro que corría su amada y no pudiendo libertarla porque si lo intentaba comprometía a la República, pensó en cedérsela a Ordaz cuyo amor por ella conocía, y quien procuraba por todos los medios ga-

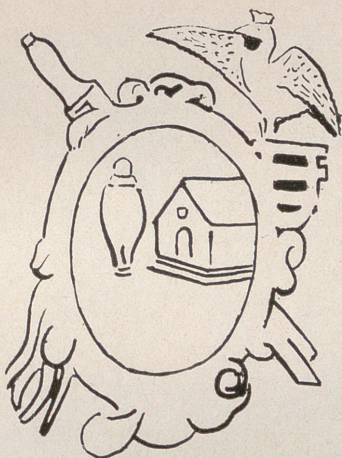
narse su cariño. Todo fué inútil, pues Teutila no aceptó al español, aunque le tenía en un concepto distinto del de Hernán Cortés.

Después de los terribles sucesos de Cholula, Cortés continuó hacia México, acompañado de varias compañías de soldados tlaxcaltecas que había seleccionado antes de partir.

Teutila le fué reclamada por su tío, uno de los embajadores enviados por Moctezuma a aquella Ciudad, el cual, dándose cuenta de que su sobrina era prisionera de Cortés, le pidió su libertad y la envió a México, al lado de sus parientes. El jefe español, para evitar mayores complicaciones, se vió en la necesidad de entregarla, disculpándose con decir que la había librado de las manos del asesino de sus padres, quien quería hacerla víctima de sus apetitos y pasiones.

Xicohtencatl, que sólo pensaba en librar a su país del yugo extranjero, logró desvirtuar la mala impresión que sobre su persona había dejado Cortés en el embajador mexicano, y trató con él sobre la conveniencia de establecer la unión entre las dos naciones. Ambos estuvieron de acuerdo en ello, pero convinieron en que habría que esperar la ocasión más propicia para llevar a cabo sus ideas. Concertóse, además, el matrimonio de Xicohtencatl con Teutila. Poco después verificóse el enlace en Tlaxcala, llenando este acontecimiento de júbilo a sus amigos y al anciano padre de los desposados y llevando a sus corazones la

ESCUDO DE LA CASA DE TIZATLAN



Como se puede notar en el presente grabado, este escudo fué reformado a raíz de la Conquista española, ya que la corona imperial que tiene la garza sobre la cabeza, la espada que atraviesa la pintura y la casita de dos pisos que aparece en la misma, no formaban parte del verdadero escudo de Xicohtencalt.

(Fotografía del Lic. José Pavía Crespo del Instituto Indigenista Mexicano).



TLAXCALLAM



Esta pintura representa la entrada de Cortés a Tlaxcala después de la derrota sufrida en México por el ejército español. En ella se ve el signo figurativo de un palacio con la silla española; y debajo de las aves muertas, los pavos vivos y las canastas con tortillas que expresan los mantenimientos preparados para los castellanos.

Marina está de pie delante de estos víveres, pero separada de Cortés.

En el centro del cuadro recibe al capitán español uno de los señores de Tlaxcala, que debió ser Xicotencatl, aunque el ojo no es de ciego, y lleva la correa

y el tecpilotl de los guerreros: acaso pudo ser el joven Xicohtencatl. Esta figura abre los labios, con lo cual expresa que dirige la palabra a Cortés y le da la bienvenida.

Este muestra al señor tlaxcalteca con la mano el Quetzalteopamitl o gran estandarte de los mexicas, compuesto de un sol de oro, rodeado de riquísimas plumas de quetzal, el cual estaba montado en un aparato de madera a propósito para llevarlo en una asta o a la espalda del jefe, y que Cortés había quitado a éste en la batalla de Otumba, y lo presentaba como el más precioso obsequio a la Señoría.

Detrás de Cortés están los caballeros castellanos.

(Tomado de la "Explicación del Lienzo de Tlaxcala", de Alfredo Chavero).



esperanza de ver algún día a la patria liberada, por las noticias que recibieron de la posible alianza con el Imperio Mexicano.

Todos los esfuerzos y deseos de los patriotas tlaxcaltecas y mexicanos para unificarse contra el enemigo común, resultaron inútiles, pues fué más fuerte el destino histórico de los pueblos de América, minados por rivalidades interiores, envidias y ambiciones personales, que los tardíos y difíciles propósitos de unos cuantos jefes honrados y sinceros, que comprendían la trágica suerte que les esperaba a todos, debido a la cobardía e incapacidad política de Moctezuma para evitar la ruina total del Imperio.

La venida de Pánfilo de Narvaez, hallándose Cortés ya en México, puso al descubierto ante los indígenas, las serias rivalidades existentes entre los españoles y a Xicohtencatl parecióle aquel momento el más oportuno para acabar con ellos. Sin embargo, una vez más, su padre que era hombre experimentado, le hizo desistir de sus propósitos haciéndole comprender que era mejor esperar a que terminara la lucha iniciada entre los mismos, para combatirlos cuando se hubieran debilitado solos. La astucia de Cortés dió por resultado lo contrario, pues salió fortalecido en armas y hombres del encuentro sostenido con los enviados de Diego Velázquez, Gobernador de Cuba.

Al salir por segunda vez Hernán Cortés de Tenoxhtitlán, ya no en paz, sino perseguido por

los mexicanos, nuevamente Xicohtencatl hijo, quiso aprovechar el desastre para atacarlos, pero Maxixcatzin y sus parciales, dueños ya del poder en Tlaxcala, hicieron fracasar sus planes, y en vez de sacar partido, como quería Xicohtencatl, de los trágicos sucesos de la Noche Triste, los miembros principales del Senado salieron al encuentro de los españoles con el fin de auxiliarles. No sólo albergue y alimento proporcionaron a los extranjeros estos traidores a su patria, sino todo lo que necesitaron para emprender de nuevo la guerra contra los mexicanos, so pretexto de ser sus más grandes enemigos. Miles de tlaxcaltecas perecieron en la construcción y conducción a Texcoco de los bergantines que Cortés mandó a fabricar para poder atacar la Ciudad de México.

Hallándose todos muy ocupados en estos y otros preparativos de guerra, presentáronse en Tlaxcala varios embajadores de Cuauhtemoc, con proposiciones de paz y alianza militar, quienes pidieron abiertamente la unión de las dos naciones para exterminar a los españoles. Produjéronse nuevas y acaloradas discusiones en el interior del Senado tlaxcalteca, y volvieron a aparecer el apaciguamiento y la traición de los elementos sobornados por Hernán Cortés, rechazando con hueca palabrería de lealtad y cumplimiento a la palabra empeñada con éste, lo que hubiera determinado la independencia y salvación de los pueblos aborígenes.

El joven Xicohtencatl, venciendo la hostilidad

de la mayoría de los senadores, que estaba en su contra, y desafiando con su actitud la cólera de sus terribles enemigos, se expresó en esa ocasión, de la siguiente manera: *"Tlaxcaltecas: el emperador mexicano, cuya potencia formidable nos trae siempre con las armas en las manos y envueltos en la continua infelicidad de una guerra defensiva, nos ruega con su amistad, sin pedirnos otra recompensa que la guerra a los españoles, en que solo nos propone lo que debíamos ejecutar por nuestra propia conveniencia y conservación: pues cuando perdonemos a estos advenedizos el intento de aniquilar y destruir nuestra religión, no se puede negar que tratan de alterar nuestras leyes y forma de gobierno, convirtiendo en monarquía la República venerable de los tlaxcaltecas, y reduciéndonos al dominio aborrecible de los emperadores; yugo tan pesado y tan violento, que aun visto en la cerviz de nuestros enemigos lastima la consideración"* . . . Su intervención fué interrumpida por Maxixcatzin, y la respuesta dada a los embajadores en la siguiente sesión, pues la primera había sido disuelta antes de llegar a un acuerdo, consistió en declararles que Tlaxcala aceptaba la paz que le ofrecía el nuevo Emperador de México, pero no así la alianza militar para luchar contra los españoles, porque eran sus huéspedes y amigos.

Magníficos y bellos conceptos del honor y de la amistad, si hubiesen sido correspondidos por aquellos por quienes se adoptaban y si no hubie-

ran ido en contra de otros más elevados: la libertad y la patria.

Al día siguiente, Xicohtencatl fué acusado de traición y destituido de su cargo, por haber sido visto la noche anterior en compañía de uno de los embajadores mexicanos, pariente de Teutila, a quien llevó a su casa de visita, habiendo aprovechado éste la oportunidad para referirle la muerte de Moctezuma y demás acontecimientos ocurridos durante la permanencia de Cortés en Tenoxtitlán. Le informó también de que Cuauhtemoc, sucesor de Cuitlahuac, muerto en la lucha por la defensa de la ciudad, estaba poniendo sobre las armas a todos los pueblos aliados para expulsar a los españoles del país.

Cortés, queriendo obligar a su más temible enemigo a que asumiera otra actitud por medio del agradecimiento, hizo reponer a Xicohtencatl en el puesto de General en Jefe de los ejércitos de la República, y obtuvo que el Senado aprobara que en lo sucesivo los actos de esta naturaleza fueran juzgados por él, según las leyes de guerra de los españoles.

La patria se hallaba perdida. El ejército tlaxcalteca fué puesto a las órdenes de Cortés para combatir a los mexicanos. El Senado Tlaxcalteca, que obraba conforme a la voluntad y conveniencia del capitán español, había perdido totalmente su soberanía, y en los puestos más importantes

habían sido nombrados individuos de su absoluta confianza.

En seguida marchó Cortés a la guerra de Tepeaca, en donde se distinguió Xicohtencatl por el valor y la disciplina militar que mostró durante la lucha.

En esos días murió Maxixcatzin, lleno de horribles tormentos que le ocasionaban su conciencia y de arrepentimiento tardío por los males que había causado a la patria y a sus amigos. Enterado Hernán Cortés regresó inmediatamente a Tlaxcala para imponer como Presidente del Senado, violando los derechos de la legítima elección, a un hijo de Maxixcatzin, quien siguió la misma política de traición de su padre. Todos estos hechos acabaron por abatir la vida del anciano Xicohtencatl, que por su avanzada edad y los golpes morales que había recibido, se hallaba muy delicado de salud. Cortés, para demostrar su desprecio a Xicohtencatl, no se presentó a hacer guardia de honor, en los funerales de su padre, como lo hizo cuando murió Maxixcatzin, descubriendo con esto que sólo estimaba a los hombres traidores que admitían su dirección incondicional.

Con todo el poderío de Tlaxcala en sus manos y bajo condiciones más favorables que era posible tener en una tierra desconocida, Hernán Cortés se dispuso a Marchar sobre la gran Tenoxtitlán, centro de una de las más grandes civilizaciones

de América y cuna de Cuitlahuac y Cuauhtemoc, últimos defensores e inmortales héroes de su raza.

Temeroso y desconfiado del poderoso ejército que mandaba Xicohtencatl, Cortés lo dividió en tres columnas, separándolas entre sí con los soldados de otras tribus que había dominado y con los suyos propios, dejando en la retaguardia al general tlaxcalteca con una tercera parte de sus fuerzas.

Encontrándose en Texcoco el ejército invasor, el 20 de mayo de 1521 dispuso Cortés que la marcha sobre la capital de los mexicanos se emprendiera al día siguiente, debiendo iniciarla el ejército tlaxcalteca. Xicohtencatl Axayacatzin, que jamás había aceptado de buen grado ayudar a los españoles, provocado por el jefe de estos, quien deseando tener motivos para asesinarle, le había dejado sin provisiones de boca para sus tropas, resolvió salir en busca de ellas seguido de la parte del ejército que se mantenía fiel a su persona. Denunciado por los espías que le vigilaban y que advirtieron la maniobra, Cortés dió órdenes de que le dieran alcance y lo trajeran a su presencia, dispuesto a terminar de una vez por todas con el mayor peligro que tenía a sus espaldas.

No se puede negar la intención inequívoca e irrevocable del patriota tlaxcalteca, de levantar a su pueblo en la primera oportunidad favorable que se le presentara, para unirse con los mexicanos en la guerra justa que estos sostenían por su libera-

ción; pero lo cierto fué que Xicohtencatl no pensó en ese instante sublevarse contra las armas españolas, como lo hizo creer Cortés para justificar ante la Historia el hecho criminal de haberlo mandado a aprehender y ahorcar sin juicio previo y sin mediar causas inmediatas para ello.

El sacrificio de Xicohtencatl, ejecutado el 21 de mayo de 1521 según nuestros cálculos, (1) quedará gravado en la memoria de todos los pueblos del mundo como un símbolo de la libertad, y su valor y patriotismo personales constituirán siempre uno de los mayores orgullos de la raza americana. Su rebeldía y elevación moral, en contraste absoluto con el servilismo y la traición, servirán de ejemplo a los pueblos oprimidos por el despotismo en todos los tiempos y lugares.

La actitud de Hernán Cortés, en cambio, fijará las normas de conducta de los déspotas, y su figura se recordará eternamente como la manifestación de la injusticia de los conquistadores de todas las épocas y latitudes.

Xicohtencatl y Cortés constituyen una contradicción: no podría haber existido el uno sin el otro; y su encuentro lo explican las leyes dialécticas que transforman a la sociedad humana. Tampoco podría haber dejado de producirse el choque formidable de esas dos civilizaciones, en cuya transformación nada significaron los nombres de los per-

(1) Véase "La Explicación del Lienzo de Tlaxcala" por Alfredo Chavero.

sonajes que en ella intervinieron, pues no son los individuos, como pretende Carlyle, sino las fuerzas económicas y los pueblos en su conjunto, los que determinan y resuelven los problemas sociales. Los hombres son escogidos en cada época de acuerdo con las necesidades históricas, digamos así, y a cada uno corresponde desempeñar un papel según sea el poder que la sociedad deposita en ellos.

A los cambios económicos de Europa y particularmente de España, hacía falta un Cortés, y lo tuvo, pero Corteses había muchos; si no hubiera sido Hernán el elegido, habría sido otro; lo mismo se puede decir de México, y particularmente de Tlaxcala, que necesitó para la defensa de su honor y de su raza a un Xicohtencatl, y lo hubo.

La única diferencia que existió entre estos dos hombres, fueron las causas por las cuales lucharon: la justicia y la libertad, por una parte; la esclavitud y la ambición por la otra.

Por esta razón, la figura de Xicohtencatl Axayacatzin se levantará siempre sobre el conquistador español como una acusación tremenda de la América indígena contra la crueldad de las tiranías.

TETZCOCO, CAPITAL DEL IMPERIO DE LOS ACOLHUAS



En esta pintura se observa un combate. Se lee en su parte superior el nombre de Tatzcohcó (sic), pero no se acompaña con su signo jeroglífico; y en la inferior se ve a la derecha a un guerrero acolhua que pelea con escudo y lanza, para significar la batalla, y a otro armado de porra que muere herido por la lanza de un caballero, para expresar la derrota de los texcoanos. Cortés a la izquierda y a caballo, manda y dirige la pelea, y detrás de él están dos jefes tlaxcaltecas.

En la parte superior se ve un templo, y a un español que en él contempla con asombro la cabeza de un caballo puesta junto a un ídolo. En México después de

la Noche Triste, fueron colocadas en el gran Tzompantli una cabeza de un español y una de un caballo, PORQUE LOS CABALLOS VIESEN ALLI LAS CABEZAS DE LOS OTROS CABALLOS. Hicieron lo mismo, sin duda, en Texcoco, pues hay dos calaveras en lo alto del templo, y una cabeza de caballo en lo que podríamos llamar altar.

Delante del teocalli hay un jefe indio con una bandera y una leyenda que dice: TETZCOCO YAVANI IZTLILXOCHITZIN, que significa IXTLILXOCHITL LOS CONDUJO POR LAS CALLES DE TEXCOCO.

En la pintura se ve también una canoa, y en ella a dos indios que desembarcan los equipajes de los castellanos, pues cargan dos bultos a manera de almofreces.

(Tomado de la "Explicación del Lienzo de Tlaxcala", de Alfredo Chavero).



EPILOGO

El panorama del mundo social americano se transformaba violentamente.

El estampido de los arcabuces y el relinchar de los caballos que manejaban seres agigantados por el temor y la leyenda, acallaron el formidable atronar de los volcanes que cual deidades sempiternas presagiaban el final de una civilización. De un extremo a otro del Continente, las lenguas de fuego de las montañas que en épocas remotas anunciaran la cólera de los dioses elevando la idolatría hasta el mito de lo sobrenatural, se consumían y apagaban lentamente, en señal de impotencia e incapacidad de sus pueblos para seguir subsistiendo libres e independientes.

Caupolicán, Atahualpa, Moctezpma, Cuitlahuac, Xicohtencatl y muchos otros personajes de la América aborigen, caían desde la cumbre de su poderío y sus imperios se hundían para siempre.

El cielo de Tlaxcala sumióse en las tinieblas y el silencio de los tiempos. El en otras épocas alegre sonido del teponaztle, tornóse lúgubre y melancólico. El elevado vuelo de los cóndores, la majestad de las águilas, la belleza del quetzal y el primoroso canto de los pájaros, desaparecieron como por encanto, tal vez asustados por la presencia

de los hombres blancos en las selvas vírgenes, en los picos y riscos más altos de los cerros y las rocas, en los ríos, valles y los mares, nunca hollados antes por seres extraños. Los reptiles y las fieras, los bosques y las aguas amansáronse o huyeron a la vista de otros hombres vestidos.

Tlaxcala era un cementerio por la soledad y tristeza que reinaban en ella. Lo indios y las indias, como los animales, se ocultaban en las selvas y los que no lo hacían ni siquiera hablaban ante el espectáculo que ofrecían todas sus tradiciones destruídas, sus dioses y templos derribados y su jefe muerto.

Como la vida de Teutila estuvo íntimamente ligada a la de Xicohtencatl desde su encuentro en la campaña de Zocotlán, hemos creído conveniente dar noticia de su fin.

La muerte del gran patriota tlaxcalteca llenó de consternación a todo su pueblo, que traicionado por la camarilla de Maxixcatzin, se sentía ahora completamente perdido y a merced de un hombre que por su audacia y temeridad había logrado imponerse y subyugar a una raza indómita y por muchos años celosa de su libertad.

Algunos historiadores aseguran que la esposa del valiente guerrero tlaxcaleça, perdió la razón al darse cuenta de su muerte y que momentos después la recobró. Este hecho no es extraño ni inverosímil, dadas las circunstancias en que murió Xicohtencatl y el profundo cariño que ambos

se tenían, lo cual pudo muy bien haber provocado la locura de aquella mujer que, abatida desde un principio por los espantosos acontecimientos de la Conquista, no resistió la fuerte impresión que le causara la trágica muerte de su esposo.

Según otra relación histórica poco conocida, Teutila no se volvió loca, aunque sí se vió al borde de la muerte por la conmoción moral que aquella noticia le causara, pero reanimada por el deseo de venganza se sobrepuso a la pena, con el fin de llevar al cabo su meditado plan.

De Tlaxcala, lugar en donde se hallaba al recibir la nueva de la muerte de su Xicohtencatl, de acuerdo con esta última información, se dirigió a Texcoco con la firme determinación de matar a Cortés, disfrazada, para no ser reconocida por nadie y en compañía del indio que le diera la terrible noticia.

Al llegar a la capital del reino Acolhua, Teutila, sin descubrirse, solicitó al Capitán Español una audiencia por conducto de una mujer texcocana, so pretexto de pedirle protección y amparo contra actos criminales de los mexicanos que ponían en grave peligro la seguridad e intereses de su familia. Para ello, invocaba, astutamente, la generosidad y justicia en el proceder de los españoles.

Hernán Cortés, juzgando oportuno y de gran efecto para acallar un poco el malestar que había producido el asesinato de Xicohtencatl y queriendo reforzar su alianza con los texcocanos median-

te un hecho generoso y de trascendencia como el que se le presentaba, accedió inmediatamente a recibir a la que creía víctima de sus más grandes enemigos.

Al siguiente día, Teutila presentóse en el cuartel del conquistador cubriéndose la cabeza con un paño a fin de no ser reconocida y provista de una daga española que ocultó en el seno, regalo de Ordaz a su marido como recuerdo, en vísperas del regreso de aquél a la Metrópoli, motivado por sus desavenencias con Hernán Cortés.

Segura ya de ser recibida y antes de penetrar a la sala donde estaba Cortés con Doña Marina y el Padre Olmedo, ingirió un activo veneno que llevaba preparado, pero en el preciso instante en que se disponía a ejecutar su justa venganza, Cortés fué llamado urgentemente por uno de sus oficiales para que atendiera un grave caso de indisciplina que acababa de ocurrir entre sus hombres. El conquistador disculpándose abandonó el recinto, dejando solos a los personajes mencionados con Teutila, quien minutos después empezó a sentirse indispuesta. Cuando regresó Hernán Cortés, la dama tlaxcalteca se hallaba en la agonía y aunque la presencia de aquél la hizo reaccionar, ya sólo tuvo fuerzas para gritarle en su idioma: "¡Maldito seas, vil asesino de mi Xicohtencatl!... Xicohtencatl... Xicohtencatl..."

Las versiones históricas aquí presentadas son perfectamente verosímiles y bien pudieron haber

ocurrido ambas sucesivamente. La compañera de Xicohtencatl pudo haber enloquecido a la muerte del héroe y sanado después, y más tarde haber intentado ejecutar su plan de venganza.

El autor se limita a pasar al papel los hechos que la historia consigna indistintamente y deja el resto al atento lector.



BIBLIOGRAFIA

Historia de Tlaxcala
Historia Verdadera de la
Conquista de la Nueva
España

La Conquista de Nueva
España

México a Través de los
Siglos

Jicotencal.

Historia de la Conquista
de México

Fragmentos de Historia
Mexicana pertenecien-
tes en gran parte a la
Provincia de Tlaxcala
Ed. de 1870.

Explicación del Lienzo
De Tlaxcala

Principios Filosóficos de
la Literatura tomo VII
De la oratoria

El gran Diccionario
Histórico o Miscella-
nea Curiosa

Monarquía Indiana

Diego Muñoz Camargo.

Bernal Díaz del Castillo.

Antonio de Solís.

Vicente Riva Palacio.

Frederick Huttner, 1826.

G. W. Prescott.

Boturini.

A. Chavero.

Batteux. Traducción de
Agustín García de
Arrieta. Imprenta Sán-
cha. 1800 - Madrid.

Traducción de Luis Mo-
reri.

Torquemada.

Obras del mismo autor :

Publicadas :

SUD AMERICA, en colaboración con Roberto R. Vasconcelos. Santa Fé, Rep. Argentina, 1932.

(agotada)

LA DICTADURA DE LOS INCAS, 1a. Ed. Río Janeiro, Brasil, 1934. 2a. Ed. Villahermosa, Tab. Méx. 1942. (Agotadas)

ENSAYOS DE FILOSOFIA, EDUCACION Y LITERATURA, Puebla, Pue. Méx. 1944

XICOHTENCATL AXAYACATZIN, México, D.F. 1945.

En prensa :

ESTUDIO BIO-PSICOLOGICO *de Roberto R. Vasconcelos.*

En preparación :

AVENTURAS DE UN MAESTRO RURAL
(Novela).

LA REPUBLICA DE TLAXCALA, Estudio Histórico.

UN VIAJE A TRAVES DE LA AMERICA, libro de lectura.

Inédita :

BRASIL, desde la época de la Conquista hasta nuestros días.

